

# “La comadreja”, de Annie Dillard

Daniel Casado-Gallegos

El ensayo —el género en construcción, según Michel de Montaigne; el centauro de los géneros para Alfonso Reyes; y un texto que avanza como una serpiente en la imaginación, en palabras de G. K. Chesterton— fue para la escritora estadounidense Annie Dillard (1945) una forma de escritura irrestricta. De acuerdo con Dillard, el ensayo puede contener los elementos más destacados de otros géneros. El ensayista puede tratar los acontecimientos culturales, históricos, referentes al mundo natural, y personales por el interés que despiertan y por su significado, sin la necesidad de inventarlos; su material de trabajo es vasto. Puede usar todo tipo de lenguaje figurado, extender las metáforas y presentar sus significados con mayor intensidad; tratar ideas y hechos de forma discursiva; e incluir personajes y trama. El ensayo es capaz de realizar todo lo que hace un poema y un relato, pero sin falsearlo. Su convención y el pacto de lectura implican que los elementos de cualquier obra tienen fundamento y deben ser veraces. Por eso, Dillard asegura que el mundo real es más fascinante que cualquier otro mundo, y que el tipo de escritor que lo trata más íntimamente es, en efecto, el ensayista.

“La comadreja” es un ensayo publicado por primera vez en *Teaching a Stone to Talk* (1982), una colección de catorce ensayos narrativos, como años después los catalogaría la propia Dillard en *The Abundance: Narrative Essays Old and New* (2016). En su texto, la ensayista recrea el encuentro fugaz que tuvo con una comadreja en estado salvaje, y transforma su experiencia en una meditación sobre la vida instintiva, la intensidad de la percepción y la posibilidad de vivir con una entrega absoluta al presente. Dillard parte de descripciones casi naturalistas y anécdotas de la ferocidad del animal, para trasladar esa experiencia a una reflexión lírica y filosófica sobre la diferencia entre la necesidad animal y la elección humana. Propone, así, una forma de vida más atenta, directa y libre de artificios. El ensayo alterna la observación detallada y el relato anecdótico con el vuelo poético, con imágenes y metáforas que buscan apresar lo inefable de ese instante de comunión. Se infiere que la configuración del ritmo es central en ese ensayo: el fluir narrativo genera tensión y sosiego contemplativo, a la vez que celeridad dramática en determinados pasajes. De ahí que las premisas para mi traducción fueron conservar el ritmo entre lo descriptivo y lo lírico, así como trasladar el tono de asombro sin volverlo técnico ni solemne, pues el núcleo de la voz ensayística de Annie Dillard es el equilibrio entre sencillez y profundidad.

## THE WEASEL

A WEASEL IS WILD. Who knows what he thinks? He sleeps in his underground den, his tail draped over his nose. Sometimes he lives in his den for two days without leaving. Outside, he stalks rabbits, mice, muskrats, and birds, killing more bodies than he can eat warm, and often dragging the carcasses home. Obedient to instinct, he bites his prey at the neck, either splitting the jugular vein at the throat or crunching the brain at the base of the skull, and he does not let go. One naturalist refused to kill a weasel who was socketed into his hand deeply as a rattlesnake. The man could in no way pry the tiny weasel off, and he had to walk half a mile to water, the weasel dangling from his palm, and soak him off like a stubborn label.

And once, says Ernest Thompson Seton—once, a man shot an eagle out of the sky. Examining the eagle, he found the dry skull of a weasel fixed by the jaws to the bird's throat. The supposition is that the eagle had pounced on the weasel and the weasel swiveled and bit as instinct taught him, tooth to neck, and nearly won. I would like to have seen that eagle from the air a few weeks or months before he was shot: Was the whole weasel still attached to his feathered throat, a fur pendant? Or did the eagle eat what he could reach, gutting the living weasel with his talons before his breast, bending his neck to clean the airborne bones?

\*\*\*

I have been thinking about weasels because I saw one last week. I startled a weasel who startled me, and we exchanged a long glance.

Near my house in Virginia is a pond—Hollins Pond. It covers two acres of bottomland near Tinker Creek with six inches of water and six thousand lily pads. There is a fifty-five-mile-per-hour highway at one end of the pond, and a nesting pair of wood ducks at the other. Under every bush is a muskrat hole or a beer can. The far end is an alternating series of fields and woods—fields and woods, threaded everywhere with motorcycle tracks—in whose bare clay wild turtles lay eggs.

One evening last week at sunset, I walked to the pond and sat on a downed log near the shore. I was watching the lily pads at my feet tremble and part over the thrusting path of a carp. A yellow warbler appeared to my right and flew behind me. It caught my eye; I swiveled around—and the next instant, inexplicably, I was looking down at a weasel, who was looking up at me.

\*\*\*

Weasel! I had never seen one wild before. He was ten inches long, thin as a curve, a muscled ribbon, brown as fruitwood, soft-furred, alert. His face was fierce, small and pointed as a lizard's; he would have made a good arrowhead. There was just a dot of chin, maybe two brown hairs' worth, and then the pure white fur spreading down his underside. He had two black eyes I could not see, any more than you see a window.

Una comadreja es salvaje. ¿Quién sabe qué piensa? Duerme en su madriguera, con la cola tendida sobre el hocico. A veces, permanece ahí dos días sin salir. Afuera, acecha conejos, ratones, ratas almizcleras y aves; mata más cuerpos de los que puede comer aún tibios, y a menudo arrastra los cadáveres hasta su casa. Fiel a su instinto, muerde a su presa en el cuello: le abre la yugular o le tritura el cerebro en la base del cráneo, y no la suelta.

Un naturalista se negó a matar a una comadreja que se le había hincado en la mano con la fuerza de una cascabel. No hubo forma de desprender al pequeño animal; el hombre tuvo que caminar medio kilómetro hasta el agua, la comadreja colgando de su palma, y ponerla a remojar para despegarla como a una etiqueta obstinada.

Y una vez —dice Ernest Thompson Seton—, una vez un hombre derribó de un tiro a un águila. Al examinarla, encontró el cráneo seco de una comadreja fijo por las mandíbulas en la garganta del ave. La hipótesis es que el águila se lanzó sobre la comadreja, y esta giró y mordió como le dictaba el instinto: diente al cuello, y casi ganó. Me hubiera gustado ver a esa águila desde el aire unas semanas o meses antes de que le dispararan: ¿estaba la comadreja entera aferrada a su garganta emplumada como un dije de piel? ¿O el águila comió cuanto pudo alcanzar, destripándola viva con sus garras frente a su pecho, doblándole el cuello y limpiando sus hermosos huesos en el aire?

\*\*\*

He estado pensando en las comadreas porque la semana pasada vi una. Sorprendí a una comadreja que a su vez me sorprendió a mí, e intercambiamos una larga mirada.

Cerca de mi casa, en Virginia, hay un estanque, el estanque de Hollins. Ocupa dos acres de tierras bajas cerca de Tinker Creek, con quince centímetros de agua y seis mil lirios acuáticos. En uno de sus extremos, hay una autopista de alta velocidad, y en el otro anida una pareja de patos silvestres. Debajo de cada arbusto hay una madriguera o una lata de cerveza.

La parte más alejada es una sucesión de campos y bosques; campos y bosques hilvanados con rastos de motocicletas, en cuyo barro desnudo las tortugas silvestres ponen sus huevos.

La semana pasada, al atardecer, caminé hasta el estanque y me senté en un tronco junto a la orilla. Miraba cómo los lirios a mis pies temblaban y se abrían ante la ruta impetuosa de una carpa. A mi derecha apareció un canario y voló detrás de mí. Llamó mi atención; me di la vuelta y, al instante, inexplicablemente, miraba hacia abajo a una comadreja que me miraba a mí.

\*\*\*

¡Una comadreja! Nunca había visto una en estado salvaje. Medía unos veinticinco centímetros; delgada como una curva, una cinta musculosa, café como la madera de un árbol frutal, de pelaje suave, alerta. Su cara era feroz, pequeña y puntiaguda como la de un lagarto; habría sido una estupenda punta de flecha. Apenas tenía una pizca de barbilla; cuando mucho, dos pelos cafés, y luego el pelaje

The weasel was stunned into stillness as he was emerging from beneath an enormous shaggy wild rosebush four feet away. I was stunned into stillness, twisted backward on the tree trunk. Our eyes locked, and someone threw away the key.

Our look was as if two lovers, or deadly enemies, met unexpectedly on an overgrown path when each had been thinking of something else: a clearing blow to the gut. It was a bright blow to the brain, a sudden beating of brains, with all the charge and intimate grate of rubbed balloons. It emptied our lungs. It felled the forest, moved the fields, and drained the pond; the world dismantled and tumbled into that black hole of eyes.

He disappeared. This was just last week, and already I can't recall what shattered the enchantment. I think I blinked, I think I retrieved my brain from the weasel's brain, and tried to memorize what I was seeing, and the weasel felt the yank of separation, the careening splashdown into real life and urgent current of instinct. He vanished under the wild rose. I waited motionless, my mind suddenly full of data and my spirit with pleadings, but he didn't return.

Please do not tell me about «approach-avoidance conflicts.» I tell you I've been in that weasel's brain for sixty seconds, and he was in mine. Brains are private places, muttering through unique and secret tapes—but the weasel and I, for a sweet and shocking time, both plugged into another tape altogether. Can I help it if it was a blank?

What goes on in his brain the rest of the time? What does a weasel think about? He won't say. His journal is tracks in clay, a spray of feathers, mouse blood and bone: uncollected, unconnected, loose-leaf, and blown.

\*\*\*

I would like to learn, or remember, how to live. I come to Hollins Pond not so much to learn how to live as, frankly, to forget about it. That is, I don't think I can learn from a wild animal how to live in particular—shall I suck warm blood, hold my tail high, walk with my footprints precisely over the prints of my hands?—but I might learn something of mindlessness, something of the purity of living in the physical senses and the dignity of living without bias or motive. The weasel lives in necessity and we live in choice, hating necessity and dying at the last ignobly in its talons. I would like to live as I should, as the weasel lives as he should: open to time and death painlessly, noticing everything, remembering nothing, choosing the given with a fierce and pointed will.

\*\*\*

I missed my chance. I should have gone for the throat. I should have lunged for that streak of white under the weasel's chin and held on, held on through mud and into the wild rose, held on for a dearer life. We could lie under the wild rose wild as weasels, mute and uncomprehending. I could very calmly go wild. I could live two days in the den, curled, leaning on mouse fur, sniffing bird bones,

totalmente blanco se extendía por su vientre. Tenía dos ojos negros en los que no podía ver más de lo que puede verse en una ventana.

La comadreja se quedó pasmada por la impresión mientras salía de un enorme rosal silvestre, a poco más de un metro de distancia. Yo me quedé pasmada por la impresión, sentada sobre el tronco y encorvada hacia atrás. Nuestras miradas se trabaron y no había quien las soltara.

Nos mirábamos como si dos amantes, o enemigos acérrimos, se hubieran encontrado inesperadamente en un sendero cubierto de maleza mientras cada uno pensaba en cosas distintas: un golpe esclarecedor en las tripas. Fue un golpe luminoso en el cerebro, una repentina sacudida de sesos, con toda la estática y el íntimo chirrido de globos frotándose. Nos vació los pulmones; derribó el bosque, desplazó los campos y drenó el estanque. El mundo se desplomó por aquel agujero negro de ojos.

Desapareció. Esto fue la semana pasada, y no logro recordar qué rompió el hechizo. Creo que parpadeé, creo que recuperé mi cerebro del cerebro de la comadreja, e intenté memorizar lo que veía, y la comadreja sintió el tirón de la separación, el vertiginoso amarizaje en la vida real y en la corriente imperiosa del instinto. Se esfumó bajo el rosal. Esperé inmóvil, con la mente de pronto llena de datos y el espíritu de súplicas, pero nunca volvió.

Por favor, que nadie me hable del “conflicto de aproximación-evitación”. Te aseguro que estuve sesenta segundos en el cerebro de esa comadreja, y ella estuvo en el mío. Los cerebros son lugares privados, que murmuran en cintas únicas y secretas; pero la comadreja y yo, durante un momento estremecedor y dulce, nos conectamos a una cinta diferente. ¿Qué culpa tengo yo si estaba en blanco?

¿Qué ocurre en su cerebro el resto del tiempo? ¿En qué piensa una comadreja? Nunca lo dirá. Su diario son rastros en el barro, un rocío de plumas, sangre y huesos de ratón: dispersos, inconexos, deshojados y revueltos.

\*\*\*

Quisiera aprender, o recordar, cómo vivir. Vengo al estanque no tanto para aprender a vivir como, francamente, para olvidarlo. Es decir, no creo viable aprender de un animal salvaje un modo particular de vivir: ¿debería chupar sangre tibia, mantener la cola erguida, caminar pisando exactamente las huellas que dejan mis manos? Pero sí podría aprender algo sobre la despreocupación, un poco sobre la pureza de vivir en los sentidos físicos y la dignidad de una vida sin prejuicios ni propósito.

La comadreja vive en la necesidad y nosotros vivimos en la elección: odiamos la necesidad y al final morimos en sus garras de manera innoble. Me gustaría vivir como es debido, como la comadreja vive según debe: abierta al tiempo y a la muerte sin sufrimiento, percibiendo todo, sin recordar nada, eligiendo lo que me es dado con una voluntad feroz y aguda.

\*\*\*

Perdí mi oportunidad. Debí ir directo a su yugular. Debí arremeter contra aquella franja blanca bajo la barbilla de la comadreja y aferrarme, aferrarme a ella a través del barro y hasta el rosal, aferrarme por

blinking, licking, breathing musk, my hair tangled in the roots of grasses. Down is a good place to go, where the mind is single. Down is out, out of your ever-loving mind and back to your careless senses.

I remember muteness as a prolonged and giddy fast, where every moment is a feast of utterance received. Time and events are merely poured, unremarked, and ingested directly, like blood pulsed into my gut through a jugular vein. Could two live that way? Could two live under the wild rose, and explore by the pond, so that the smooth mind of each is as everywhere present to the other, and as received and as unchallenged, as falling snow?

We could, you know. We can live any way we want. People take vows of poverty, chastity, and obedience—even of silence—by choice. The thing is to stalk your calling in a certain skilled and supple way, to locate the most tender and live spot and plug into that pulse. This is yielding, not fighting. A weasel doesn't «attack» anything; a weasel lives as he's meant to, yielding at every moment to the perfect freedom of single necessity.

\*\*\*

I think it would be well, and proper, and obedient, and pure, to grasp your one necessity and not let it go, to dangle from it limp wherever it takes you. Then even death, where you're going no matter how you live, cannot you part. Seize it and let it seize you up aloft even, till your eyes burn out and let your very bones unhinge and scatter, loosened over fields, over fields and woods, lightly, thoughtless, from any height at all, from as high as eagles.



*Dibujo holístico-espacial 9, serie A (2024). Técnica: cromacote, grafito: Gabriel Huerta.*  
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

una mejor vida. Podríamos yacer bajo el rosal como comadreas, mudas y desconcertadas. Con toda calma, podría volverme salvaje. Podría vivir dos días en la madriguera, acurrucada, recostada sobre pieles de ratón, husmeando huesos de ave, parpadeando, lamiendo, respirando almizcle, con el pelo enredado en las raíces de la hierba.

Abajo es un buen lugar al cual ir, allí la mente es única. Abajo es afuera, afuera de tu siempre amorosa mente y de vuelta a tus despreocupados sentidos.

Recuerdo la mudez como un ayuno prolongado y frenético, donde cada instante es un festín de expresiones recibidas. El tiempo y los sucesos se vierten sin más, sin dejar huella, y se ingieren directamente, como sangre que pulsa en mis entrañas a través de la yugular. ¿Podrían dos personas vivir así? ¿Podrían dos personas vivir bajo el rosal y explorar junto al estanque, de modo que la mente serena de cada uno esté tan presente en el otro, tan bien recibida e incuestionable como la nieve que cae?

Podríamos, ¿sabes? Podemos vivir como queramos. La gente hace votos de pobreza, castidad y obediencia, incluso de silencio, por voluntad propia. El asunto es acechar a tu vocación con cierta pericia y soltura, para ubicar el punto más tierno y vivo y conectarse a ese pulso. Se trata de ceder, no de luchar. Una comadreja no “ataca” nada; una comadreja vive como debe, cediendo en cada momento a la libertad perfecta de una simple necesidad.

\*\*\*

Me parece que sería bueno, y apropiado, y obediente, y puro, aferrarte a tu única necesidad y no soltarla, colgar de ella blandamente a donde sea que te lleve. Entonces ni siquiera la muerte —a donde irás sin importar cómo vivas— podrá separarlos. Atrápala y deja que te atrape, que incluso te eleve, hasta que tus ojos se consuman y tus mismos huesos se desprendan y dispersen; sueltos sobre los campos, sobre campos y bosques, con suavidad, sin cuidado, desde cualquier altura, tan alto como las águilas.

## REFERENCIAS

- Casado Gallegos, Daniel (2022). *Retraducción comentada de “Total eclipse” de Annie Dillard: apuntes sobre la traducción de ensayo* (tesis de posgrado). Ciudad de México, El Colegio de México.
- Dillard, Annie (1988). “Introduction”, en R. Atwan y A. Dillard (Eds.), *The Best American Essays 1988* (pp. xiii-xxii), Nueva York, Ticknor & Fields.
- Dillard, Annie (2016). “The Weasel”, en *The Abundance. Narrative Essays Old and New* (pp. 33-38), Nueva York, Harper Collins Publishers.

DANIEL CASADO GALLEGOS (Ciudad de México, 1987). Es licenciado en Lengua y Literaturas Modernas (Letras Inglesas) por la Universidad Nacional Autónoma de México y maestro en Traducción por El Colegio de México, donde cursa el Doctorado en Literatura Hispánica. Ha colaborado en diversas publicaciones digitales e impresas con artículos, traducciones y textos de creación literaria. Fue parte del Consejo Directivo de la Asociación Mexicana de Traductores Literarios y becario en el Proyecto PAPIME “Estudios críticos sobre géneros populares”. Sus líneas de investigación versan sobre la literatura de lo extraño y de lo cotidiano, la traducción de ensayo originalmente escrito en lengua inglesa y los vínculos entre las poéticas de traducción y las poéticas autorales en la literatura hispanoamericana del siglo XX.

Recibido: 16 de septiembre de 2025

Aprobado: 5 de noviembre de 2025